

Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad.
N°39. Año 14. Agosto 2022- Noviembre 2022. Argentina. ISSN 1852-8759. pp. 11-22.

Vitalidad mortuoria. Sentido empático de las vivencias en los servicios fúnebres

Mortuary vitality. Empathic meaning of the experiences in the funeral services

Hernández Becerra, Mauricio*

Educación especial, Educación básica del Estado de Chiapas, México.
mherbec96@gmail.com

García Lara, Germán Alejandro**

Facultad de Ciencias Humanas y Sociales de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, México.
german.garcia@unicach.mx

Resumen

El propósito del estudio es abordar las vivencias suscitadas en el escenario particular de la atención mortuoria. El trabajo es de tipo cualitativo, en el cual, a partir de un método fenomenológico, se aplican entrevistas a empleados funerarios de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México, cuyo análisis posibilitó conformar cuatro metacategorías: acción vivencial del gremio, vivencia del existir y el morir, sentido en lo vivido y función de las vivencias póstumas. El análisis de las vivencias de los protagonistas y el sentido de la atención posterior a la muerte, rinde cuenta de lo que significa la vida, pues el vínculo entre empleado y difunto suscita sentimientos y reacciones en la relación con el otro, la identificación con este y cómo la empatía trasciende los límites de la vida y tiene lugar ante la muerte.

Palabras clave: Vivencias; Muerte; Vida; Fúnebre; Sentido.

Abstract

The purpose of the study is to address the experiences raised in the particular setting of mortuary care. The work is of a qualitative type, in which, from a phenomenological method, interviews are applied to funeral employees from Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México, whose analysis made it possible to form four metacategories: experiential action of the profession, experience of existing and dying, meaning in the experienced and function of posthumous experiences. The analysis of the experiences of the protagonists and the meaning of the care after death, gives an explanation of what life means, since the bond between employee and the deceased arouses feelings and reactions in the relationship with the other, the identification with him and how empathy transcends the limits of life and takes place in the face of death.

Keywords: Experiences; Death; Life; Funeral; Meaning.

* Licenciado en Psicología con formación en tanatología. Ha trabajado en la modalidad de Educación Especial, brindando atención psicológica a niños y adolescentes de educación básica en Centros de Atención Múltiple y Unidades de Servicios de Apoyo a la Educación Regular del estado de Chiapas, México, nivel donde se desempeña actualmente. Ha sido ponente en el CRIT Chiapas. Sus líneas de interés son la tanatología y la educación especial. ORCID: 0000-0002-3006-4326.

** Psicólogo y Doctor en Educación, con formación en psicoterapia breve individual. Profesor investigador en la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales de la UNICACH, espacio en que funge como coordinador del posgrado. Es perfil PRODEP, miembro del Sistema Estatal de Investigadores y del Sistema Nacional de Investigadores nivel I. Sus líneas de interés son el TDAH, la educación especial, la evaluación e intervención de problemáticas psicosociales y la atención clínica. ORCID: 0000-0002-4075-4988.

Vitalidad mortuoria. Sentido empático de las vivencias en los servicios fúnebres

Introducción

La muerte es un fenómeno inexorable, de profunda significación en los pueblos y culturas, es el corte absoluto que le diferencia de la vida (Málishév Krasnova, 2003), es la nada y el límite de la existencia (Espar, 1995). Su conciencia objetiva, denota el advenimiento del homo sapiens y da cuenta de la autoconciencia de la existencia misma, que niega y reconoce a la muerte (Morin, 2003). Al respecto, Mellor y Shilling (1993), consideran que en la sociedad contemporánea se ha ocultado a la muerte, que al mismo tiempo resulta omnipresente en la vida cotidiana; se le ha convertido en un ritual privado en que no participa la comunidad, con lo que se establecen rupturas en el sentido identitario del sujeto quien ya no se advierte contenido en el grupo de pertenencia.

En México, Lomnitz (2013), plantea que su culto forma parte nodal de la cultura popular mexicana y expone tres posturas que considera a las celebraciones funerarias y su relación con la vida; la formación de la identidad nacional y, la nacionalización de dicha intimidad o indiferencia ante ella.

De esta forma, es evidente la notabilidad de los rituales que envuelven a los difuntos, en tanto son eje coyuntural en la sociedad y cultura, sin ser la excepción la mexicana. De acuerdo con Morin (2003), “los muertos han sido, o son, objeto de prácticas” (p. 23) como los funerales, que “consagran y determinan el cambio de estado del muerto, institucionalizan un complejo de emociones” (p. 25).

Tales prácticas, se constituyen en rituales de paso, como medios que valen para intentar dar sentido y estructura a diversos sucesos de la vida humana, mismas que se realizan mediante ceremonias con profusos elementos simbólicos. Los rituales funerarios son “prácticas socio-culturales específicas de la especie humana, relativas a la muerte de alguien y a las actividades funerarias que de ella se derivan” (Torres, 2006: 109), en que se acompaña al muerto

y los deudos. En este proceso, se enlazan sistemas sanitarios, jurídicos y funerarios (Uzal, 2019), mismos que constituyen parte del usufructo mercantil del que son objeto.

Es en este contexto, que se problematiza sobre, ¿cómo se relacionan los rituales fúnebres con las vivencias póstumas generadas en los trabajadores del servicio funerario? Cuestionamiento que emerge en el contexto del trabajo que realizan los empleados funerarios, quienes se relacionan con el cadáver, el cuerpo muerto y los dolientes, en una experiencia en que el pesar que genera el fallecimiento muchas veces es por la pena que embarga a esa persona cercana, no precisamente por quien murió; “si ‘los funerales son para los vivos’, se deduce que un servicio funerario bien diseñado debería ser una experiencia relativamente satisfactoria para los asistentes” (O’Rourke, Spitzberg, y Hannawa, 2011: 732), más no para quien ya ha muerto, de tal manera que abordar las vivencias suscitadas en el escenario particular de la atención mortuoria, resulta objeto de estudio digno de consideración.

Desde los dolientes, hay muchas manifestaciones que se expresan en este entorno, de dolor, tristeza, llanto, abatimiento o desolación; ante ello, las respuestas de quienes participan en el ritual, se ajustan a aquello esperable socialmente en este tipo de acontecimientos y se expresan en una ecología de emociones, de prácticas del sentir (Scribano, 2021), como la empatía, con la que se identifican y ven gestados en sí ese sentir que lleva a compartir, la situación por la que el otro atraviesa, así, “la ‘empatía’ en su máxima expresión es la capacidad de comprender o imaginar la profundidad de los sentimientos de otra persona y resonar emocionalmente con ese sentimiento hasta cierto grado” (Post et al., 2014: 2). La percepción interior de la vivencia conforma una unidad sostenida por la aprehensión por una parte de datos reales y sentido y por otra de lo percibido o intuido por el sujeto, es un flujo cuya esencia es difícilmente captable en su

unidad (Richir, 2012). Las vivencias no intencionales se integran por el conjunto de las sensaciones de las partes de la materia sensible, de manera que los actos reflexivos que se realizan sobre dichas sensaciones permiten la constitución de los objetos, los que a su vez se integran no solo por las sensaciones primarias que lo configuran sino por las interpretaciones que sobre estas se realizan. Esta forma de reflexión trascendental contempla al objeto y exhibe lo que se encuentra en este, lo que supone una nueva vivencia intencional reflexiva sobre la vivencia anterior (Posin, 2016).

El sentimiento de compartir lo que experimenta alguien más, llega a manifestarse en toda clase de vivencias a las que cada persona se enfrenta en el transcurrir de la vida. Si bien “la emoción emerge ante figuras y actores socialmente relevantes en una cultura como la mexicana tales como la familia y particularmente la madre o los hijos” (Alfaro-Beracochea y Contreras-Tinoco, 2022: 75), no obstante, el sentir escapa del grupo de personas que conforma a la familia y se extiende a toda aquella que haya tenido la experiencia de compartir de algún modo la vida. Es tal el grado del impacto de un deceso en el otro, que incluso, aquellos totalmente ajenos al entorno de quien pereció, como es el caso de los empleados funerarios, ven su vida afectada por cada persona que fallece, puesto que “como los funerales son experiencias grupales, representan un contexto social en el que las relaciones pueden establecerse, renovarse y gestionarse de otra manera” (O’Rourke, Spitzberg, y Hannawa, 2011: 732), aun en esa posición de servicio, trabajo y labor, no se puede ser indiferente a ese ser con quien se trata; sobre todo, porque la valoración del evento dinamiza movimientos afectivos personales construidos socialmente y expresados recurrentemente en la cultura (Le Breton, 2012), lo cual incluso puede verse reflejado durante el trato funerario en el que, aunque de forma contenida y quizá, hasta disimulada, se hace propio el sentir ajeno de los deudos, mediante lo vivido en la atención póstuma, pues “lidiar con las emociones difíciles y no deseadas se encuentra en el centro del trabajo de la muerte, en la medida en que requiere que las emociones propias y de los demás se manejen” (Jordan, Ward y McMurray, 2018: 701). En esa interacción ajena y sumamente íntima, se es parte de la vida post mortem, que es posible exista por compartir con el otro las vivencias que se extienden hasta los escenarios de servicio, como los demandados en los ritos pertinentes a la muerte.

Consiguiente a ello, al abordar todo este entramado emocional que poco puede ocultarse en el proceso de los servicios fúnebres, Bourdin (2016),

plantea que las emociones “son hechos semióticos, significativos, comunicativos, dotados de sentido y de sentimiento (que desde la), perspectiva sociocultural (incluye) la idea de la variabilidad cultural e histórica y un fuerte énfasis en las nociones de construcción social, cultural e, incluso, lingüística” (p. 56). Así, en las relaciones interpersonales, existe un esquema cultural que se espera se manifieste en los intercambios a través del lenguaje y las prácticas de interacción interiorizadas, en concreto, en la práctica laboral funeraria.

Ante ello, se trata de experimentar en sí mismo el recordatorio de la caducidad del existir, a través de la muerte y el dolor del otro, puesto que “la experiencia de la muerte de un ser querido es muy estresante, tanto por la pérdida como por la confrontación con la mortalidad” (Shear, 2012: 119), así, por más breve que pueda ser la reflexión sobre ello, la nueva del deceso sitúa a cada quien, por un efímero instante, quizá más de una vez, en esta realidad de muerte, pues “así como una vida termina, ya sea la nuestra o la de alguien más confrontamos el significado último de la existencia humana en general, y quizás más importante, contamos con el sentido de nuestras propias vidas individuales” (O’Conell, 1995: 231). En ese compartir vivencias en lo último de la vida, se genera una vasta gama de fenómenos en torno al morir, pues más que en cualquier otra situación vivida, se da esa identificación con lo que le sucede al otro, al saber que, a futuro, se estará en esa posición.

De este modo, lo que siente cada persona en lo referente a la muerte, es otra muestra de la respuesta humana para protegerse, la pena por un deceso es otra reacción para ver primero por sí, Bloom (2014) señala que es común que quien dice actuar por el otro, asuma ser empático basándose únicamente en el juicio propio, decretando por autoridad autoimpuesta, la conclusión de que lo hecho por otros ha sido sin interés en sí mismo.

Empero, esto denota la autenticidad del sentido con el que se actúa y da muestra de la genuina capacidad empática del ser humano, puesto que se expone su fin, es decir, el objetivo o propósito de lo que conduce a tomar tales acciones, pues este aparente egoísmo y preocupación en tanto puede afectarse a sí mismo es la máxima expresión de identificación en el compartir con el otro, justo como expresa Frankl (1991) “uno de los rasgos principales de la existencia humana es la capacidad para elevarse por encima de estas condiciones y trascenderlas” (p. 72). Con esto, es posible apreciar la unión por el sentir del otro, tanto en las personas con quienes se tuvo las más hondas e incondicionales relaciones, hasta aquellas tan extrañas y pasajeras como las del

contrato laboral, y, dado que “los servicios funerarios cumplen diferentes funciones según la perspectiva del observador” (O’Rourke, Spitzberg, y Hannawa, 2011: 729-730), también aquellos que cumplen con los deberes negociados a raíz del fin de la vida, dan muestra del interés por quien tuvo parte en el vivir, al reconocer y honrar a este, con su actuar en los servicios dados, al rendir respeto con estos a los que sobreviven, y “ofrecer consuelo a los afligidos frente a un trabajo tan sucio y extremo. Sin embargo, (...) esta neutralidad oculta la suciedad y oculta el dolor involucrado en el trato con los muertos” (Jordan, Ward y McMurray, 2018: 704) el cual, ahora, es propio también, de modo que basta coincidir para que emerja la empatía por el otro, incluso en tan peculiares vivencias como las de esta función ante la muerte.

La persona que es cada uno lo es en relación con los demás y esa sociedad de la que se es parte lo es por cada uno de sus miembros, de modo que al perecer uno, perece cada persona, al ver por sí mismo el trago amargo que se puede vivir, se hace parte al otro, pues en la medida en que hay cuidado por sí mismo, lo hay por ese otro. Se ve por dar sentido a la vida de quien la perdió en la medida en que se halla este en la propia. Por ello, como señalan Cripe y Frankel (2017), es que se toma acción por brindar métodos con los cuales hacer más ligero el dolor que embarga al otro, que puede hallarse en medio de la mar de sentimientos que sobrevienen ante un deceso, y que, en ese particular momento, se sirve del otro que acude en asistencia para asimilar lo sucedido. Esta identificación en la vivencia en que el solo cumplimiento del contrato funerario es suficiente para que tenga lugar, depende de la dignidad que se reconozca a la vida, de vivenciar el sentir del otro hecho propio, pues la “empatía puede conducir a más profundas conexiones, y a un mejor entendimiento de los otros” (Aucion, 2018: 107).

Lo que se realiza en la proximidad con la muerte, es por uno mismo, que es actor en diferentes momentos según el papel a interpretar en la Traviata del vivir, ya sea una Violetta que fallece, un Alfredo que se queda sin el ser amado, o un Giorgio que ve a su ser querido en aflicción (ópera de Giuseppe Verdi, estrenada en 1853). La totalidad de este despliegue de humanidad con motivo de uno solo de sus miembros tiene sentido al asir con estas exteriorizaciones lo que se ha interiorizado a razón del otro. Todo recuerdo, memoria, afecto y expresión, trabaja como reconocimiento a lo que fue la vida, la que se comparte y dignifica, pero reconociendo la muerte, que no se niega ni se imposibilita. Se trata del sentido que como ser humano tiene cada persona,

incluso en la muerte, catalizadora irónica de la vida en quienes aún la transcurren, pues con todo y las tribulaciones que se acarrearán y al no haber garantía de un mañana luminoso, no hay vivencia que haga notar tan expresamente que se ha vivido, como la confrontación con un evento tal como la muerte. Las acciones en vida al compartir esta vivencia se realizan por esos otros vivos, puesto que:

...se celebran rituales funerarios con los mismos objetivos iniciales: asegurar una continuación de la vida después de la muerte y mitigar el dolor de los deudos mediante la psicoterapia que subyace en los mitos de los rituales. En estos dos objetivos se funda la relación que instaura en las personas las marcas arquetípicas de su cultura, lo que evidencia que los rituales funerarios funcionan como símbolos para rendirle culto más que a la muerte, a la vida, dado que, en la civilización occidental, la vida es el componente esencial de la cultura (Torres, 2006: 115).

Así, tales vidas se congregan y sirven a la vida particular de alguien que ahora, fuera de esta condición, recibe las muestras que se han adoptado para con quien hay unión por el morir.

En este contexto, el propósito del estudio es analizar las vivencias póstumas suscitadas en el escenario particular de la atención mortuoria en trabajadores del servicio funerario de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México.

Metodología

La presente investigación se realiza desde la aproximación cualitativa de tipo fenomenológica, que ofrece al investigador la perspectiva directa de los participantes, su vivencia de los hechos del mundo, en términos de su propia experiencia, antes de que se les atribuya algún sentido; trata de recuperar y aprehender las propias voces de los informantes (Sandín, 2003).

Para Bautista (2011), la fenomenología es “un método de investigación que consiste en volver de los objetos a los actos de conciencia (vivencias) que se nos ofrecen, y en estudiar las estructuras de conciencia con su generalidad ideal” (p. 108). En este, se sigue un proceso de reducción fenomenológica por lo que se suspenden los juicios y el sentido común para captar las vivencias de la conciencia, se procede a partir de experiencias compartidas, intersubjetivas y con ello se aprehenden los significados del mundo y de las acciones de los sujetos.

Paradar cuenta de tales vivencias en la conciencia,

es indispensable que el propio investigador desarrolle dicha concienciación a través de la observación y la escucha. El proceso de acuerdo con Bautista (2011) plantea de manera inicial, el análisis, en el que investigador y el sujeto “se comprometen a describir el fenómeno en estudio” (p. 110); posteriormente, se describe dicho fenómeno a partir de la escucha y la exploración de la propia experiencia; le sigue el observar las formas en que manifiesta o expresa este; se continúa con su exploración en la conciencia, para lo que se consideran las formas de manifestación y su significación; subsecuentemente la suspensión de las creencias y, finalmente “la interpretación de los significados ocultos o encubiertos” (Bautista, 2011: 110).

Así, el análisis de la realidad se realiza conforme a los participantes la viven, sin alteración directa de cómo es percibida por quienes la vivencian, el cual se realiza desde la disciplina psicológica, con apoyo teórico de la antropología para una comprensión más amplia sobre la muerte y los ritos funerarios.

Técnicas e instrumentos

Se utilizó la entrevista para la recolección de información, en específico, la entrevista semiestructurada, que:

Presentan un grado mayor de flexibilidad que las estructuradas, debido a que parten de preguntas planeadas, que pueden ajustarse a los entrevistados. Su ventaja es la posibilidad de adaptarse a los sujetos con enormes posibilidades para motivar al interlocutor, aclarar términos, identificar ambigüedades y reducir formalismos (Díaz-Bravo et al., 2013: 163).

En este trabajo, se diseñaron una serie de preguntas generales, las cuales abordan ámbitos como el sentido de vida, la esencia de la existencia humana, la frustración existencial, la muerte y la relación de estos con las actividades laborales.

Participantes y contexto del estudio

Para la realización de la investigación se contó con la participación de personal que labora en dos funerarias: “Jardines del Edén” y “Funeraria Suárez”. En total, son cinco personas, todos hombres. En la primera funeraria, el primer empleado tiene de 70 años de edad, contador de profesión, quien labora desde hace 10 años, el segundo, de 36 años de edad, es técnico embalsamador y labora desde hace 3 meses, el tercero, de 22 años de edad, es también técnico embalsamador y labora desde hace 6 meses los tres

son originarios de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México. Los dos restantes, son empleados de la otra funeraria, el primero, de 20 años, trabaja como ayudante en los servicios funerarios desde hace 6 meses, aunque de forma interrumpida, además es estudiante de Derecho, y el restante, de 19 años, funge como ayudante en los servicios funerarios, quien colabora desde hace 15 días; ambos son originarios de Vicente Guerrero, localidad rural del municipio de Tecpatán, Chiapas.

Las funerarias se encuentran en Tuxtla Gutiérrez, capital de estado de Chiapas, en el sureste de México. “Jardines del Edén” se ubica al centro poniente de la ciudad. El establecimiento cuenta con dos plantas, con espacios amplios y bien delimitados, en los que se encuentran las áreas de recepción y atención a clientes, el área administrativa, así como las áreas técnicas para la preparación de los cuerpos, asimismo, cuenta con espacios para velar y dar algunos otros servicios, además de un panteón en otra ubicación, en donde se realiza parte de los servicios. Los empleados se dividen en administrativos y técnicos, siendo los primeros los encargados en realizar los acuerdos y trámites para los servicios; y los segundos, quienes realizan los servicios directamente. El ambiente de trabajo es tranquilo, cómodo y organizado. “Funeraria Suárez” se encuentra al sur oriente de la ciudad. El establecimiento es de dos plantas, con amplio espacio y separación de éste, entre las áreas existentes, se encuentran la de recepción y atención a clientes, el área administrativa, así como espacios para los servicios que ahí se ofrecen. En ésta laboran empleados encargados de diversas actividades, como los trámites administrativos, la preparación de cuerpos, el transporte de éstos, entre otros. Todo esto en un ambiente de calma y orden para quienes solicitan servicios.

A los participantes se les contactó a través de los responsables de la funeraria, a quienes se expuso de forma sumaria el estudio a realizar y las actividades propuestas. Una vez que autorizaron el desarrollo del trabajo, se habló con el personal que labora en el establecimiento, pidiendo su colaboración, explicando la actividad a llevar a cabo. Una vez obtenido el consentimiento informado, se acordó con los empleados que accedieron voluntariamente a participar, los días, el lugar y horario de las entrevistas, mismas que se realizaron de forma individual en espacios de las propias funerarias, en dos o tres sesiones con cada uno de ellos.

Resultados

La información recabada, se organizó en unidades de información con las cuales se dio paso a la conformación de categorías, las que se organizaron y constituyeron en metacategorías que dan cuenta de los resultados del estudio, siendo estas, las de: acción vivencial del gremio, vivencia del existir y el morir, sentido en lo vivido y función de las vivencias póstumas.

Acción vivencial del gremio

Los temas giran en torno a las vivencias que tienen lugar en el intercambio entre el empleo y los empleados, las acciones que se realizan, las concepciones preexistentes, existentes y de nueva existencia en lo referente a lo que el trabajo funerario representa, cuya naturaleza, forma un entendimiento a priori del mismo, con ciertos significados y representaciones que se transforman ante las vivencias, centro de confrontación con lo desconocido, lo inquietante y los propios miedos.

De entrada, el ingreso a un establecimiento funerario, no surge como primera opción ni con gran anhelo, pues la muerte y su entorno no suele ser algo deseable o atrayente, “la mayoría de las personas evitan activamente el tema de la muerte” (Byock, 2002: 280); al ser la clausura de todo organismo humano, esta trata de postergarse lo máximo posible, no aparece como el mayor interés laboral, pero sí actualiza su inmanente temor o repulsión por su representación.

Nunca, nunca y, eh yo mismo pensé “¡ay canijo!”, no pues esto no, pero este, por, por lo que representa (Hugo).

...yo pensé que iba yo a tener miedo, ya ves que como cualquier persona le da miedo ver un muerto, ajá, o este, o asco (Javier).

Empero, el empleo pasa a ser parte de la vida, pues en esta posición única permite afrontar la muerte de forma tanto cercana como distante, presente y ausente (Mellor y Shilling, 1993) ya que a pesar del contacto directo y el trabajo individual con el cuerpo del difunto, respecto al cual se intenta postergar su descomposición (Morin, 2003), estos no son seres queridos; sin embargo, se presentan vivencias en las que la labor realizada implica formular elucubraciones que llevan a encarar la delicadeza del existir:

...me ha tocado estar con dos conocidos que ya fallecieron, lejanos, que fueron vecinos anteriormente (...) y no lo pasas a creer, los tienes

en tu mano, los estás limpiando, lo estás *curando* [proceso que es parte de la preparación de los cuerpos], no, ¡es un impacto!, porque no es como cualquier muerto, pero, puta ¡ya murió!, de tantos años que no lo habías visto, o cuando la última vez lo viste, lo viste bueno y ahora lo tienes en tus manos, o sea, te impacta, ¿no?, te, te sacas de onda (Javier).

Saca de onda, pero se interioriza, dada la intimidad y la familiaridad que proveen los variados tonos culturales mexicanos que significan a la muerte y la hacen parte de la cotidianidad en diferentes ámbitos de la vida social, el arte o el lenguaje, como “símbolo metonímico de la propia mexicanidad” (Lomnitz, 2013: 25).

Con el empleo se crean, por medio de lo vivido, nuevas formas de relación, o al menos, formas atípicas, ya que estas sólo existen mientras haya una pérdida, la cual se busca afrontar con ayuda del otro, sin que exista cercanía ni familiaridad entre las partes. Esta forma de relacionarse, no priva del aspecto humano de toda relación social, como señala Ariès (1975) en su análisis de Vercors:

Todo ser con el que hemos alcanzado una gran intimidad nos impregna, nos transforma. (...) Después de una muerte, (...) el diálogo que se instaura entonces es mucho más que un diálogo ilusorio de uno consigo mismo: es un verdadero diálogo de uno mismo con el otro, en la medida en que el ser amado... continúa, de ese modo, viviendo y prolongando en nosotros su vida intelectual, afectiva y sensible y, por así decir, desarrollándose aún por cuenta propia (p. 296).

Incluso en tan tétrico escenario, emerge en el empleado, como producto de sus reflexiones por lo vivido, la identificación y apropiación del sentimiento del otro por alguien que ha muerto, pues el cese de la vida no es comprendido personalmente como impedimento para percibir dicho sentir y generar afecto por este:

...vi, o sea, sentí su dolor de la señora... pero sí me sentí muy triste, en ese servicio si me sentí muy triste. Ese día lloré bastante, y me dice mi mamá “¿qué te pasó?” “no nada, no me pasó nada... tuve un servicio”. Bueno, rápido se nota si la persona se va enojada, no, en los gestos, o si se va triste o se va feliz, si se va enojada... entre los mismos familiares lo notas, lo notas (Sergio).

... eso es lo que, lo que da [el empleo] (...), esencialmente ese intercambio de que, “ah pues, como voy yo a llegar aquí yo tengo que servirles

bien” no, es que me da de esa forma de pensar, pero dentro de eso está esa parte específicamente (...). A mí no me gustaría que, que mi familia fuera maltratada o mal atendida cuando me estuvieran, velando a mí por ejemplo (...) entonces este... pues, somos sentimentales también, (...) por eso nos alteramos y nos preocupamos cuando, cuando ya tenemos algún servicio (Hugo).

...yo, o sea cuando yo miro un cuerpo, yo me miro en en, en ellos (Sergio).

Por tanto, es reconocible el hecho de que en los empleados existe afectación personal y emocional derivada de la relación con ese otro ya difunto. Para Le Breton (2012: 73): “Las emociones son modos de afiliación a una comunidad social, una forma de reconocerse y de poder comunicar juntos, bajo un fondo emocional próximo”; estas, se comparten y forman parte de la relación, regula los intercambios y la significación de las acciones fúnebres a cumplir.

De este modo, el empleo deja de significar para el empleado exclusivamente creencias preconcebidas y se erige como eje fundamental de su vida, pues las vivencias configuradas en la labor realizada constituyen parte de la forma con la cual se entiende al otro, ya que “uno no puede escapar de las implicaciones de la muerte en el sentido de la vida como individuos y, más particularmente, la vida en relación con los otros” (Byock, 2002: 282), pues el vínculo singular que se obtiene con lo vivido, crea espacio para que haya empatía.

Desde una intimidad con el desconocido, vivo o muerto, estos nuevos, efímeros y significativos lazos, también sufren su rompimiento.

Vivencia del existir y el morir

Con los tópicos que se tratan en este apartado, confluyen distintas perspectivas desde las cuales se comprende y percibe la vida, también se reflexiona respecto a la muerte, hecho que acarrea sentimientos e ideas que repercuten directamente en la vida, sino, pues en esta relación determinada entre vida y muerte es que la existencia se razona, con lo que el existir se encuentra en entredicho por las inquietudes que llevan a repensar la existencia.

Aunque se sabe del fin que toda persona tiene, reconocer la latente presencia de la muerte, no merma los sentimientos y reacciones que ven producidos en sí los empleados funerarios a la llegada de esta, pues “asumimos que las emociones son relacionales y están ligadas a sentidos sociales y artefactos culturales” (Alfaro-Beracoechea y Contreras-Tinoco, 2022: 67),

de tal modo que las vivencias engendradas durante el trabajo fúnebre dejan gran impresión. Cuando existe genuina relación con el otro, con lo cual hay un grado de involucración mayúsculo, la pérdida súbita de una persona no puede pasar desapercibida.

...difícil de aceptar, como es la muerte, pero es la pérdida de alguien que quieres mucho (...), ¡es muy difícil ese momento!, ¡y pasa, y pasa el tiempo y pasa, ya pasó!, fue otra etapa de la vida, pero al momento ¡es terrible, es terrible! (Hugo).

Siempre es triste, bueno con la familia, ¿por qué estás triste?, porque ya has convivido con, los que ya están ¿no?, has convivido (...) y por eso unos lloran por su familia, ¡da tristeza!, todo lo que has vivido con él (José).

La tristeza, como otras expresiones emocionales, no son sino “fenómenos sociales, marcados eminentemente por el signo de la no espontaneidad y de la obligación más perfecta” (Maus, 2002, 3); en tal sentido, su expresión es impuesta social y culturalmente y se manifiesta en los afectos y el cuerpo (Le Breton, 2012). El llanto, informa al otro sobre sí, como parte del ritual de pena que teje la trama fúnebre socialmente esperada.

...no hay gentes que no les duela que fallezca uno de sus familiares, ¡no hay!, muy pocos, o son muy fuertes, o, o no son muy allegados a esa familia, muy alejados o por compromiso lo tienen que hacer porque les corresponde a ellos responder (Hugo).

Ser ajeno a lo que en vida fue el difunto, no es concebido propiamente como un aspecto que impida identificarse con quien ha fallecido; de manera que un escenario como este, que permite interacción a través de vivencias tan cercanas con alguien que ha muerto, magnifica los cuestionamientos existenciales al saberse parte por igual de la humanidad, “el dolor de pensar en la propia muerte, la angustia y la tristeza que despierta y el sufrimiento relacionado con lo que se pierde o deja atrás son las características principales de las emociones asociadas con la propia muerte” (Martí-García et al., 2017: 637), con lo cual se deja en manifiesto la reflexión de la vida propia a raíz de la ajena:

...a pesar de que yo veo aquí a los familiares, ¡que están sufriendo todos!, yo sé que vamos a llegar en eso (...), pues algún día ¡ahí voy a estar yo!, ahorita estoy bueno y ahí voy a estar después, o cualquiera de la familia (...), y este, te pones a pensar (Javier).

...me ha hecho pensar, ¡sí!, sí te pone a pensar ¿no?, miras el cadáver y te preguntas ¿no?, “¿de

qué murió o qué, o por qué murió?”, ahí vas pensando ¿no?, y, te pones a pensar “‘chingue’ y cuando me muera yo, así voy a estar”, entonces sí te pone a pensar (Enrique).

El trabajo estético sobre el cadáver (vestigio cosificado de la materialidad) le muta en cuerpo muerto, le reinserta en el sistema social para intentar que lo que se proyecte por su corporeidad, devuelva la imagen de seres socialmente significativos ante los otros (Uzal, 2019).

...nos mueve también, porque nos ubica, el que, qué tal si me está pasando a mí (...) la vida, nacer, morir, no lo entendemos bien, pero, es el sentimiento que tenemos y es común para todas las gentes (...), yo también pienso en mí, en mí digo, cualquier momento ya, me voy a tener que ir (Hugo).

Esta relación sin igual con el otro, muerto, cadáver y a la vez, reconocido como persona (cuerpo muerto), impacta de modo tan extremo que el deceso se coloca en la vida propia, con lo cual, al seguir el empleado con vida, se gesta el análisis mortuario del vivir. En relación a ello, Morin (2003), en su lectura de Feuerbach, plantea que la muerte “es lo que la vida posee de más vital. Por su propia negación, la muerte muere eternamente, convirtiéndose por ello en la afirmación más irrecusable de la realidad absoluta de la vida” (p. 284), de manera que no resultan ajenos los reflectores que a la vida misma la muerte puede dirigir.

Sentido en lo vivido

La vida es fuente inagotable de escrutinio personal, los participantes, dan cuenta de las vivencias que conforman la vida, de cuestionamientos en torno al propósito de esta, los significados y el sentido general que a nivel personal pueden descubrir. Con ello, se configura y reconfigura el sentido propio, por lo que lo vivido en el empleo, brinda una óptica singular con la cual llevar a cabo el examen de aquello que impulsa a cada uno a continuar con el caminar incierto de la vida y, en el tránsito del sendero que la constituye, a la reflexión sobre el significado de vida y muerte.

La interrogante intrusiva y el desasosiego por lo que se hará con la vida propia, no es algo que manifiesten los participantes como parte de la vivencia diaria, pues aunque esta queda a expensas de sí, no tiene sentido si no se vive esta por el temor a perderla. Se acepta expresamente el fatídico término, pero ello no quita el provecho que de la vida se puede obtener

al reconocer toda la amplia gama de posibilidades que en esta existe, “la transitoriedad de nuestra existencia en modo alguno hace a ésta carente de significado, pero sí configura nuestra responsabilidad, ya que todo depende de que nosotros comprendamos que las posibilidades son esencialmente transitorias” (Frankl, 1991: 67).

...no me enfoco a eso de que, ahh este que mi vida cambie, ¿qué será de mañana?, ¡no!, ¡mi vida sigue! (Javier).

...sí mi vida ya va a terminar, ¡ya estamos en paz!, ¡me ha dado mucho!, a pesar de, mis, altas y bajas que tuve más joven, hoy día pues ya estoy estable, ya, muy satisfecho, ¡muy satisfecho de todo! (Hugo).

Tal conciliación entre la vida y la muerte, constituye una de las expresiones de la cultura popular mexicana, cuya significación se hace presente justamente en las vivencias vinculadas con las conmemoraciones funerarias; que en el espacio mortuario condensa la extrema singularidad con que se actualiza el hecho de que “la cruda presencia de la muerte en la vida cotidiana es lo que mejor representa la “verdadera realidad” de México” (Lomnitz, 2013: 24), forma opresiva que representa y equipara lo real de la vida social, su elaboración e interiorización, esfera del imaginario colectivo que se resguarda en el humor negro, de su aparente ausencia. En el caso de un empleado funerario que cotidianamente es confrontado por la muerte, hacerla parte de sí, constituye la proclama de su intimidad, síntesis de su presencia social en el sujeto.

Por su parte, el escrutinio hecho al sentido que la vida misma pueda tener, no aparece mermado en la consciencia de los empleados a pesar de un evento tan drástico como la muerte.

Creo que sí le da un sentido, es parte de la vida, es parte de la vida, naces, creces y te mueres... ha de tener algún sentido (...) y, esa afrontación (sic) le da sentido a tu vida ¿no?, de querer alcanzar algo, de querer lograrlo, le, le vas agarrando sentido, pienso que es así (Enrique).

Esta piedra de Rosetta que puede ser la vida, es capaz de ser decodificada con mayor comprensibilidad si se considera su grabado final: morir.

Función de las vivencias póstumas

En este bloque temático, se analiza el mundo que se descubre al experimentar las distintas vivencias que conllevan las actividades mortuorias que forman

parte de la atención funeraria, las cuales integran más de lo que de facto se puede ver. La ejecución de los servicios se muestra más allá de lo que el solicitante imagina, no porque al describirse y relatarse se hagan de mayor conocimiento, sino porque quienes los efectúan ven su vida alterada por estos, que desvelan su significación.

Por muy téticos que puedan parecer los servicios funerarios -tal como al inicio lo representaban los empleados- este entorno de muerte no diezma la calidad humana de quienes dedican esfuerzo por su realización, este trato vivencial con la muerte parece avivar los sentimientos de vida, pues “cada nueva experiencia se basa en el capital emocional ya acumulado a través de la exposición, de modo que él puede emprender un trabajo que otros no harían” (Jordan, Ward y McMurray, 2018: 703). Fuera de la compostura y el sentido del deber con que toda labor debe realizarse, no se puede evitar involucrarse con el sentir del otro, se envuelven también, con sus vivencias en el servicio fúnebre, en el suceso de pérdida:

...la gente piensa que, nosotros nos acostumbramos a este, a este tipo de cosas que a muchos les da miedo, ciertamente nos acostumbramos a ese manejo, pero el sentimiento personal ¡siempre lo tenemos!, ¡no nos pasa desapercibido una persona que veo llorando! (...), ¡no nos hacemos insensibles!, porque estamos trabajando en una cosa de estas (...), en lo particular nosotros nos, sensibiliza mucho esto (...), como que somos más humanos, ¡nos convierte más humanos!, tener ese acercamiento con ese tipo de gente que está perdiendo su ser querido (Hugo).

...de repente, sí te entra un sentimiento, ves llorar a las personas (...), es lo que te deja este trabajo, sí, apegarte mucho a las personas desde cuando tú vas a levantar el cuerpo, desde que te están llamando, tú ya estás involucrado con ellas (Javier).

Esta capacidad humana realzada en el manejo del cuerpo que ha experimentado la llegada de la muerte, se extiende al difunto mismo, en tanto se le reconoce como persona, igual que a cualquiera, que cuenta con una historia que tiene continuidad en quienes sufren su partida, si ese otro, ahora difunto, posee la misma valía que sí mismo, es menester reconocer su dignidad en el manejo del cuerpo, dado que “el culto moderno a los muertos es un culto del recuerdo ligado al cuerpo, a la apariencia corporal” (Aries, 1975: 210), la cual es igual que la propia, muestra de la condición que se comparte, ya que “nuestra mortalidad compartida plantea preguntas

fundamentales sobre nuestra relación entre nosotros y nuestras responsabilidades esenciales entre nosotros” (Byock, 2002: 283).

Es con esta admiración de quien se tiene presente ahora corpóreamente, que se desvela que el cuerpo y su representación, se elaboran socialmente, en un tiempo y lugar sociohistóricamente determinado, de ahí que “el cuerpo natural, presocial, prediscursivo y sin mediación tecnológica no existe más que como un acto violento de purificación en el discurso” (Uzal, 2019: 377). Por ello, desde su nacimiento —o gestación—, el cuerpo está sujeto a determinantes de la cultura, el discurso, las prácticas, lo orgánico, etc., en tal sentido, el cuerpo muerto es intervenido desde todas estas esferas a partir de las cuales se construyen perspectivas que se ordenan desde las experiencias de esquemas corporales impuestos. Al respecto, la materialidad del cuerpo muerto —que no el cadáver, con cuya designación se cosifica la materialidad—, “pone en relieve aspectos de la persona, su trayectoria y a las formas subjetivadas de esa materialidad” (Uzal, 2019: 368).

...a pesar de que ya están muertos, pues, eres, ¡eres un cuerpo!, y tienes que tratar de, de hacerlo lo mayor posible mejor (...), el día de mañana tú vas a estar ahí, el día de mañana tú vas a estar ahí y ¡no, no, no te va a gustar que te estén mallugando!, que te estén batallando y así, bueno, y pues, ya tienes que, más que nada, es un respeto que les tienes que dar a los familiares y al cuerpo (...), hay que tener, respeto por los muertos y por los familiares (...) ese es el valor que yo le doy a este trabajo, el respeto a los cuerpos y a los familiares (Javier).

...a mí me da... este, no me da gusto que se mueran las personas, al contrario, a mí me da gusto de que los familiares se sientan protegidos con nosotros, que no se sientan, este, solitos (Sergio).

Actualmente, la oferta de atención al cuerpo del difunto, así como en lo que concierne a los rituales que envolverán su trato corpóreo y espiritual, es extensa, pues no sólo refiere a quien, ahora cadáver, recibe atención, sino que involucra y busca responder a las inquietudes, emociones y necesidades que emergen en los dolientes, a partir del propio cuerpo sin vida. Así, “el local comercial funeral ha atraído casi todos los aspectos del proceso funerario dentro de sus paredes, desde el registro de la muerte hasta la celebración de un funeral cristiano y servicios conmemorativos para restos cremados” (Walter, 2005: 9), de esta manera queda explicitado el hecho de que el cuerpo del difunto ha sido adoptado también como mercancía

del sistema económico actual dominante, al atender comercialmente un hecho como la muerte, en que los dolientes actúan como clientes que demandan que su difunto sea tratado mediante rituales específicos, acorde a sus concepciones y expectativas.

...en transacciones que son institucionalmente comerciales, lo que los clientes quieren siempre está influenciado por la cultura. Ya sea que quieran pagar para ver un cuerpo embellecido, o comprar un rito religioso o secular, o si quieren la cremación o el entierro están todos influenciados no solo por las instituciones y economía de la industria funeraria (como dirían Mitford y otros críticos), sino también por cultura, religión y valores personales (Walter, 2005: 14).

A pesar de lo antes discutido, y de las implicaciones comerciales de los servicios fúnebres, al momento en que estos suceden, esos instantes, en horas o días entre dos humanos, uno en pleno goce de vida y otro que ha sido excluido de esta, el servicio fúnebre no se ve sujeto a esta transacción, dado que no se trata de hacer lo que se solicita y efectuar aquello para lo que se ha sido contratado sin más, resultaría inhumano desapegarse de las inconmensurables vivencias que le atraviesan y actuar de forma ajena al otro, por lo tanto, cuando tiene lugar la partida de toda persona, además de las muestras y manifestaciones que siguen como respuesta de quienes aún viven en atención a quien una vez vivió, “afirman el valor de una identidad que pertenecía al fallecido, una identidad que los sucesores aún aprecian” (Reimers, 1999: 164), con lo cual se convierten en una extensión con la cual rendir homenaje al que ya no vive, por medio de las personas que vieron su vida transformada, en las cuales los empleados se consideran parte, todo justo por esa persona a la que se le realiza el servicio:

...esas cosas son las que nosotros nos mueve, y nos satisface, uno está trabajando con la familia pues por éstos (...) nos involucramos, a mí me, me, me gusta mucho, que la gente quede satisfecha, ¿no?, no contenta porque, nadie quiere estar velando a su, a su, pero satisfecho con el servicio ¡sí! (...), me da gusto, servir, ¡servir de eso se trata! (...), yo creo que, de eso se trata, y servir, no porque te pagan, servir porque te mueve, te mueve que, sirvas, a la gente (Hugo).

Mientras se esté viviendo es posible hacer todo lo que la capacidad humana permite, para hacer que, con el florecimiento de los aspectos más arraigados en la persona, como el dedicarse al otro, incluso la muerte se llene de vida, transferida por quienes en ese hecho ven avivado su vivir.

Conclusiones

La vida humana conlleva variedad de limitantes, afrentas y duelos, sin esto no podría entenderse como es, ya que no se trata de negar las escenas de sufrimiento, pues sin estas no podría haber vida como es conocida:

Todos los aspectos de la vida son igualmente significativos, de modo que el sufrimiento tiene que serlo también. El sufrimiento es un aspecto de la vida que no puede erradicarse, como no pueden apartarse el destino o la muerte. Sin todos ellos la vida no es completa (Frankl, 1991: 41).

Identificarse con un tercero y llegar a compartir los sentimientos particulares no es un mero acto espontáneo de socorro, no sería factible algo como tal, puesto que sin las características únicas que distinguen a uno del otro no hay manera de tener interés por alguien ajeno a sí mismo, pues viendo por sí mismo se hace posible llegar al grado de guardar al otro. Sin reconocerse como persona no hay lugar para el otro, pues tampoco sería posible reconocerlo como tal.

Esto queda remarcado en las vivencias que se originan en la atención funeraria, en que se reconoce la dignidad humana de quien ha perecido; del mismo modo, mediante el vínculo con los sobrevivientes que navegan a través de la borrasca del penar por el fallecido, se adjudica recíprocamente el sentimiento. De esta forma, “los funerales reflejan primero que todo nuestras relaciones con los muertos y luego el lugar que les damos en la sociedad” (Gordon-Lennox, 2020: 17); así, el culmen de la acción empática se ejecuta en los actos efectuados por quien ha experimentado la muerte.

Mucho de lo ejecutado en los rituales funerarios se hace por los vivos, son estos quienes aún tienen oportunidad de tomar decisiones de forma activa en su existir, por lo que, aun cuando al difunto se le reconoce por su vida, se entiende que en él ésta ya no continúa, puesto que se trata de “confrontarnos con las duras realidades de la muerte. El rito, el ritual y la ceremonia son las herramientas en las que los seres humanos siempre han confiado para negociar este difícil terreno” (Gordon-Lennox, 2020: 12); la continuidad toma lugar mediante el género humano, que en cada uno de sus miembros percibe en totalidad la humanidad, de manera que la labor mortuoria se experimenta vivencialmente en primera persona, no exclusivamente por vivir directamente lo sucedido al otro y el impacto en sus seres queridos, sino porque cada difunto es reflejo y personificación de sí mismo. Con esto, se hace factible la unión como

igual, elaborada a partir de lo que distingue; las diferencias con el muerto exaltan la esencial igualdad manifestada en el existir, lo cual es digno de todo rito fúnebre solicitado, brindado y recibido, pues el quehacer fúnebre permite vivificar la muerte.

Bibliografía

- ALFARO-BERACOECHEA, L. Y CONTRERAS-TINOCO, K. (2021-2022) "Experiencias evocadoras de la emoción Kama Muta en jóvenes mexicanos: sentirse conmovido por amor." *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 37 (13), 65-76. <http://relaces.com.ar/index.php/relaces/article/view/437/442>
- ARIÈS, P. (1975) *Historia de la muerte en Occidente. De la edad media hasta nuestros días*. Acatilado.
- AUCION, E. (2018) "Empathy Leads to Death: Why Empathy is an Adversary of Capital Defendants." *Santa Clara Law Review*, 58 (1), 98-136. [https://doi.org/10.1016/S2007-5057\(13\)72706-6](https://doi.org/10.1016/S2007-5057(13)72706-6)
- BAUTISTA, N. (2011) Proceso de la investigación cualitativa. Epistemología, metodología y aplicaciones. El Manual Moderno.
- BLOOM, P. (2014) Against empathy. Disponible en: <http://bostonreview.net/forum/paul-bloom-against-empathy> (Consultado: 25 de mayo de 2020).
- BOURDIN, G. L. (2016) "Antropología de las emociones: conceptos y tendencias." *Cuicuilco. Revista de Ciencias Antropológicas*, 67, 55-74. http://www.antropologiadelasubjetividad.com/images/bibliografia/gabriel_bourdin_antropologia_emociones.pdf
- BYOCK, I. (2002) "The Meaning and Value of Death." *Journal of Palliative Medicine*, 5 (2), 279-288. <https://doi.org/10.1089/109662102753641278>
- CRIFE, L. Y FRANKEL, R. (2017) "Dying From Cancer: Communication, Empathy and the Clinical Imagination." *Journal of Patient Experience*, 4 (2), 69-73. <https://doi.org/10.1177/2374373517699443>
- DÍAZ-BRAVO, L., TORRUCO-GARCÍA, U., MARTÍNEZ-HERNÁNDEZ, M. Y VARELA-RUÍZ, M. (2013) "La entrevista recurso flexible y dinámico." *Investigación en Educación Médica*, julio-septiembre, 2 (7), 162-167.
- ESPAR, T. (1995) "El relato oral como discurso mediador entre este mundo y la otra orilla." *Revista Escritos*, 11-12, 113-130. http://cmas.siu.buap.mx/portal_pprd/work/sites/escritos/resources/LocalContent/38/1/113-130.pdf
- FRANKL, V. (1991) *El hombre en busca de sentido*. Herder.
- GORDON-LENNOX, J. (2020) *Crafting meaningful funeral rituals*. Jessica Kingsley Publishers.
- JORDAN, P., WARD, J. Y MCMURRAY, R. (2018) "Dealing with the Dead: Life as a Third-Generation Independent Funeral Director." *Work, Employment and Society*, 33 (4), 700-708. <https://doi.org/10.1177/0950017018799621>
- LE BRETON, D. (2012) "Por una antropología de las emociones." *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 10 (4), 69-79. <https://www.redalyc.org/pdf/2732/273224904006.pdf>
- LOMNITZ, C. (2013) *Idea de la muerte en México* (1ª edición electrónica). Fondo de Cultura Económica.
- MÁLISHEV KRASNOVA, M. (2003) "El sentido de la muerte." *Ciencia Ergo Sum*, 10 (1), 51-58. <https://cienciaergosum.uaemex.mx/article/view/7858/6431>
- MARTÍ-GARCÍA, C., FERNÁNDEZ-ALCÁNTARA, M., RUÍZ-MARTÍN, L., MONTOYA-JUÁREZ, R., HUESO-MONTORO, C. Y GARCÍA-CARO, P. (2017) "Facing death. Student's thoughts towards the feeling of their own death." *Anales de Psicología*, octubre, 33 (3), 630-640. <https://doi.org/10.6018/analesps.33.3.248351>
- MAUSS, M. (2002) "L'expression obligatoire des sentiments." *Journal de Psychologie*, 8 páginas. <http://www.anthropomada.com/bibliotheque/MAUSS-Marcel-lexpression-obligatoire-des-sentiments.pdf>
- MELLOR, P. A. Y SHILLING, C. (1993) "Modernity self-identity and the sequestration of death." *Sociology*, 27(3), 411-431.
- MORIN, E. (2003) *El hombre y la muerte* (4ª edición). Kairós.
- O'CONNELL, L. (1995) "Religious dimensions of dying and death, in caring for patients at the end of life." *West J Med*, 163 (3), 231-235.
- O'ROURKE, T., SPITZBERG, B. Y HANNAWA, A. (2011) "The Good Funeral: Toward an Understanding of Funeral Participation and Satisfaction." *Death Studies*, 35 (8), 729-750. <https://doi.org/10.1080/07481187.2011.553309>
- POSIN, E. (2016) "La vivencia (erleben) desde el marco teórico de Edmund Husserl y la crítica heideggeriana en torno a la imposibilidad de dicha vivencia." *Controversia São Leopoldo*, enero-abril, 12 (1), 57-62.
- POST, S., NG, L., FISCHER, J., BENNETT, M., BILY, L., CHANDRAN, L., JOYCE, J., LOCICERO, B., MCGOVERN, K., MCKEEFREY, R., RODRÍGUEZ, J. Y ROESS, M. (2014) "Routine, empathic and compassionate patient care: definitions, development, obstacles, education and beneficiaries." *Journal of Evaluation in Clinical Practice*, diciembre, 20 (6), 872-880. <https://doi.org/10.1111/jep.12243>
- REIMERS, E. (1999) "Death and identity: graves and funerals as cultural communication." *Mortality*, 4

(2), 147-166. <https://doi.org/10.1080/713685976>

RICHIR, M. (2012) "El sentido de la fenomenología." *Investigaciones fenomenológicas*, (9), 315-332. <https://doi.org/10.5944/rif.9.2012.756>

RODRÍGUEZ, G., GIL, J. Y GARCÍA, E. (1996) *Metodología de la investigación cualitativa*. Aljibe.

SANDÍN, M. (2003) *Investigación cualitativa en educación. Fundamentos y tradiciones*. McGraw-Hill.

SCRIBANO, A. (2021) "Entre la amenaza y la empatía." *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 37 (13), 4-8. <http://www.relaces.com.ar/index.php/relaces/article/view/491/447>

SHEAR, K. (2012) "Grief and mourning gone awry: pathway and course of complicated grief." *Dialogues in Clinical Neuroscience*, 14 (2), 119-128. <https://doi.org/10.31887/DCNS.2012.14.2/msharear>

TORRES, D. (2006) "Los rituales funerarios como estrategias simbólicas que regulan las relaciones entre las personas y las culturas." *Sapiens. Revista Universitaria de Investigación*, 7(2), 107-118. <https://www.redalyc.org/pdf/410/41070208.pdf>

UZAL, L. G. (2019) "Cuerpo muerto y materialidad: exploraciones teóricas-conceptuales." *Tabula Rasa*, 31, 361-380. DOI: <https://doi.org/10.25058/20112742.n31.15>

WALTER, T. (2005) "Three ways to arrange a funeral: Mortuary variation in the modern West." *Mortality*, 10 (3), 173-192. <http://dx.doi.org/10.1080/13576270500178369>

Citado. HERNÁNDEZ BECERRA, Mauricio y GARCÍA LARA, Germán Alejandro (2022) "Vitalidad mortuoria. Sentido empático de las vivencias en los servicios fúnebres" en *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad - RELACES*, N°39. Año 14. Agosto 2022-Noviembre 2022. Córdoba. ISSN 18528759. pp. 11-22. Disponible en: <http://www.relaces.com.ar/index.php/relaces/issue/view/39>

Plazos. Recibido: 06/03/2021. Aceptado: 30/05/2022